

La Ciudad Universitaria: apuntes de un testigo

VLADIMIR KASPÉ

No es mi intención hacer aquí un historial de la obra de la Ciudad Universitaria. Sólo intentaré evocar las impresiones que —al cabo de más de cuarenta años— me han dejado tanto mi participación en su gestación como mis observaciones respecto del funcionamiento de este magno conjunto.

Fue, sin duda, una gran y bella aventura. ¿Por qué aventura? El diccionario define lo que es una aventura: “evento imprevisto, sorprendente”. Sí, fue un evento imprevisto y sorprendente porque el nacimiento de una obra de tal magnitud, complejidad y, sobre todo, audacia, no puede dar lugar a un funcionamiento totalmente garantizado. Además, los resultados fueron sorprendentes por el hecho de que, prevista para unos treinta mil estudiantes, llegó a dar uso a cerca de cien mil.

Ahora bien, la razón por la cual considero que fue una bella aventura es, ante todo, por la significación decisiva que tuvo para el México de entonces. Fue el primer conjunto de esta índole y despertó en los que participamos en su concepción y su realización el deseo de alcanzar un ideal. Fue un verdadero desafío, y fuimos conscientes de ello.

Todo empezó con el concurso organizado por la Escuela de Arquitectura de la UNAM, en 1947, entre nueve catedráticos de la Escuela. Fui uno de ellos. Concebí un conjunto de escuelas y facultades más o menos autónomas, cada una con sus disposiciones y su carácter propios, alrededor de patios-jardines acogedores, sombreados, con juegos de agua y que invitaban a una comunión amistosa y espiritual entre alumnos y maestros. Además, preví lugares comunes a todas las disciplinas: auditorios, salas de teatro, salas de exposiciones, librerías, cafeterías, etcétera.

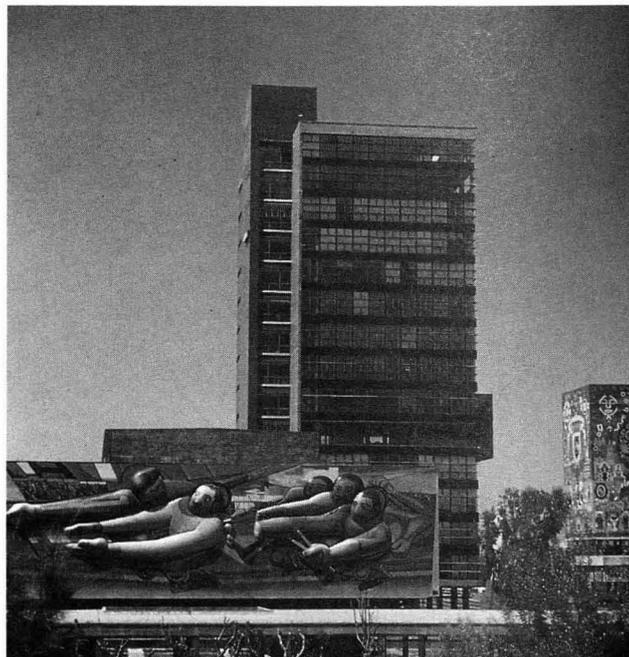
La solución arquitectónica que prevaleció, gracias a la votación de los propios concursantes, dio como resultado la colaboración de tres de ellos: Mario Pani, Enrique del Moral y Mauricio Campos. Fue una solución hasta cierto punto inspirada en un proyecto del mismo género de Le Corbusier. También, al parecer, un grupo de alumnos, entre ellos Teodoro González de León y Armando Franco, intervinieron en el proyecto definitivo.

Aunque bastate disímulo de mi propia concepción, el partido que se adoptó, y luego se realizó, me entusiasmó. La idea de un enorme campus central, rodeado por todas las escuelas y facultades, dispuestas en un orden lógico, dominado por el lado del acceso principal por la Rectoría y la Biblioteca, y con el remate hacia el fondo de la Torre de las Ciencias, me parecía imbuida de una innegable grandeza.

Al visitar, durante el tiempo de construcción de mi propia obra (la Escuela de Economía, en colaboración con el arquitecto José Hanhausen) y observar la marcha de las obras de los demás arquitectos, me conmovía la febril actividad de varios miles de operarios. Me hizo pensar en las obras de las catedrales góticas, cuando pueblos enteros se dedicaban con fervor a levantar las maravillas que todos conocemos.

Sin embargo, me pareció criticable la aceleración de la marcha de los trabajos, debida a razones de orden político.

Mural de Siqueiros. Rectoría



Creaciones de tal magnitud requieren tiempo para su madurez, tanto en su concepción como en su realización. Esta falla es patente en los edificios terminados.

En cuanto al funcionamiento de la Ciudad Universitaria, una vez ocupada, también fui testigo de ello al dar clases en la Escuela de Arquitectura hasta principios de los años setentas. Luego la visitaba de vez en cuando, y recibí testimonios de lo que sucedía allí.

Cada escuela cumplió, con algunas adaptaciones y arreglos, con su cometido. No puedo decir lo mismo del imponente campus central. Mis dos dudas son las siguientes: la comunión entre los alumnos de todas las disciplinas por medio de este corazón del conjunto o partido, como lo llamamos los arquitectos, es más que dudosa, sea por la lejanía entre un edificio y otro, sea por lo demasiado abierto y asoleado del campus. Este gran vacío resultó en divorcio con la escala humana. Lo que hace vivible un espacio abierto es lo que uno percibe a la altura de los ojos, y también lo que uno puede recorrer con sus pasos. Y allí se siente uno algo disminuido y como perdido.

El segundo punto que me parece cuestionable del campus es que ha servido, y sigue sirviendo, para reuniones gigantescas de masas de estudiantes, y no siempre para fines pacíficos.

Es normal que los jóvenes estén en ebullición. Pero no olvidemos que la Universidad es la cuna de la cultura.

Recordemos también lo que dijo en su memorable visita a la Ciudad Universitaria, en 1964, el entonces presidente de Francia, Charles De Gaulle: "Hoy día la cultura ya no es privilegio de unos cuantos sino un objeto de primera necesidad." Y la cultura es como una planta que hay que cuidar con amor y paciencia infinitos, pues puede ser fácilmente pisoteada por las masas.

Para comprobarlo basta ver todas las inscripciones y dibujos que cubren no pocos muros en lo que debería ser una serie de "templos" sagrados. En París, durante las jornadas de mayo de 1968, hubo el famoso lema: "prohibido prohibir". Propongo sustituirlo ahora por "prohibido ignorar". En este sentido, "ignorar" no sólo se refiere a lo que nutre materialmente al hombre sino, además, a lo que lo distingue del animal: la cultura, la sabiduría, la conciencia, la dignidad.

En conclusión, la Ciudad Universitaria es un loable intento de resolver a gran escala lo que es, y sigue siendo, un apremiante problema de México: preparar hombres cultos para ser guías del país. Es natural que las ideas de carácter pionero resulten a menudo utópicas y que su realización tenga fallas. La Ciudad Universitaria es una bella aventura, decía yo a principio de este breve relato. Admirémosla, a pesar de todo, pero no temamos abrir bien los ojos sobre lo que ya está hecho, a fin de forjar un porvenir mejor. ●

David Alfaro Siqueiros, *El pueblo a la Universidad, la Universidad al pueblo*. Rectoría

